

Padre(s) y hermano(s): estrategias de autoconstrucción en *Adieu, vive clarté* de Jorge Semprún y *El exilio fue una fiesta*, de Carlos Semprún Maura

María A. Semilla Durán
Universidad Lumière Lyon 2

Resumen

El siguiente trabajo toma como objeto de análisis dos obras autobiográficas: *Adieu, vive clarté* de Jorge Semprún y *El exilio fue una fiesta*, de Carlos Semprún Maura, en las cuales dos hermanos escritores relatan, cada uno a su manera y con tonalidades y contenidos contrastados, la vida familiar de un período determinado de su historia común. Dos tipos de construcciones subjetivas retienen nuestra atención: la primera se refiere a las representaciones que cada uno de los autobiógrafos produce de los otros integrantes del sistema familiar, tanto en el orden vertical de la filiación (relación padre/hermanos) como en el orden horizontal de la fratría: (hermanos entre sí). La segunda y, probablemente, la que más nos interesa, es la manera en la cual cada autor – cada hermano- utiliza esas representaciones para erigir una auto-representación que defina su lugar simbólico en la constelación familiar, sea por continuidad, complementariedad o redención -en el caso de Jorge Semprún-, sea por oposición disidencia y provocación – en el caso de Carlos Semprún Maura. La imagen del padre es la articulación misma a partir de la cual los procesos de individualización y de identidad se desencadenan, aun al precio de sacrificarlo por la estilización simbólica o la descalificación reivindicativa.

Palabras clave: Autobiografía – configuración familiar – fratría – percepción y subjetivación de los vínculos.- individualización y diferenciación

Abstract

The following paper analyzes two autobiographical works: *Adieu, vive clarté* by Jorge Semprún and *El exilio fue una fiesta* by Carlos Semprún Maura, in which the two brothers and writers recount, each one on its own way and with contrasted contents and tones their family life during a determined period of their common story. Two types of subjective construction hold our attention: the first one refers to the representations that each of the two autobiographers draws about the other members of the family system, be it in the vertical order of filial relationship (father/brothers) or in the horizontal order of the phratry. The second representation – and probably the most interesting one – is the way each author – each brother – uses these representations to build a self representation that defines his symbolic place in the family constellation. The image of the father is the articulation that gives birth to the processes of individualization and identity, even at the price of sacrificing the father through symbolic stylization or vindicated disqualification.

Key words: autobiography – family configuration – phratry – perception and subjectivation of the bonds – individualization and differentiation.

La idea de este trabajo procede de una circunstancia particular, que en un principio percibimos como una coincidencia significativa, y que luego hemos aprendido a interpretar como formando parte de un dispositivo estratégico de definición identitaria. Me refiero a la publicación casi simultánea -un mes de diferencia-, en 1998, de dos textos autobiográficos escritos por dos hermanos: *El exilio fue una fiesta* de Carlos Semprún Maura y *Adieu, vive clarté*, de Jorge Semprún. La simple enunciación de tales referencias abre un espacio a la interrogación: filiación común, nombre compartido, espacio biográfico indisociable, todo sugiere que los relatos en cuestión pueden constituir una representación especular en el interior de la cual se despliegan de manera más o menos explícita dialécticas de autoconstrucción doblemente determinadas: en el espacio de la relación filial, en el espacio de la fraternidad.

Esa doble determinación se manifiesta, por otra parte, en los signos de bifurcación que matizan la identidad familiar e instauran la identidad individual: la distancia pragmática impuesta por los dos nombres: -Jorge, Carlos, en el espacio de la fraternidad- la sobredeterminación deliberada del apellido – Semprún/Semprún Maura- en el espacio de la filiación. Como lo señala Odile Bourguignon, “*le frère est la figure emblématique de l’autre semblable, intime et étranger*” (1999:5). Identidad y diferenciación, pues, como marca a la vez impuesta y escogida, como legado y aporte, como zócalo irreversible de la libre construcción de sí. A ello debemos sumar otro juego de imágenes: el hecho de que los dos autores-hermanos sean escritores profesionales -al menos, los dos han publicado un número suficiente de obras como para ser incluidos en tal categoría- y que la simple mención de cada uno de los nombres evoque el conjunto de obras respectivas y cree un espacio de resonancia -y de autorrepresentación- en el cual esa dualidad identidad/diversidad se reitera al infinito.

El triángulo padre/hijos, así como el término simétrico madre/hijos es un componente esencial de tal dialéctica, que no puede desplegarse de manera

equilibrada en función de la pérdida temprana de la madre. Todo el proceso de autoconstrucción se articula pues en torno a esa inscripción en el espacio familiar de una ausencia materna sublimada y una presencia paterna progresivamente invalidada por la Historia. Esa primera configuración se complica a causa de la inclusión de la madrastra, que opera una sustitución funcional más o menos acusada en cada una de las tríadas familiares. Si bien, dada la temática que nos hemos fijado, la imagen y la función del padre en ese proceso constituyen el eje de nuestra investigación, parece evidente que no podemos hacer abstracción de los otros componentes mencionados. Un segundo eje se refiere necesariamente a los mecanismos de diferenciación en el interior de la fratría, y a las eventuales estrategias de compensación, sea en el espacio de la filiación, sea en el de la autoconstrucción.

Para confirmar el interés de la problemática entrevista, debía aún verificarse una condición: la coincidencia cronológica entre ambas historias. *Adieu, vive clarté* reconstruye aproximadamente el período comprendido entre los 15 y los 17 años del autor, con frecuentes evocaciones de la infancia en España y las vacaciones en Asturias o el País Vasco, lo que nos lleva a fechar los acontecimientos entre 1923, fecha de nacimiento, y 1939, haciendo hincapié en los últimos años de este período. El relato de Carlos Semprún Maura, que se extiende por un período mucho más prolongado, recorta en parte el mismo espacio histórico -entre 1926, fecha del nacimiento, y su actualidad en el momento de la escritura-, privilegiando, hasta cierto punto, el período comprendido entre 1937 y 1939; y por lo tanto nos da una visión simultánea de la vida familiar desde otro ángulo y, sobre todo, desde otra posición en el interior de la fratría. Ese período seleccionado por la narración es el de los primeros años del exilio, y sobre todo, el de los dos primeros años de vida en Francia, después de que el padre hubiera cesado su misión diplomática en los Países Bajos.

Vamos a intentar entonces analizar las imágenes del padre que cada uno de los dos autobiógrafos produce, y ello en función de su importancia en los procesos de individualización de cada uno de los hijos. Recordemos que las condiciones de esos procesos difieren en función de dos factores: la diferencia de edad o rango en el interior de la fratría -Jorge pertenece al grupo de los hermanos mayores, Carlos al de los hermanos menores- y por otro, a una de sus consecuencias -Jorge abandona

el hogar familiar, mientras que Carlos permanece en él y sufre de manera más directa las transformaciones de la vida familiar y de sus miembros-. Las conclusiones a las que lleguemos constituirán sin duda un primer elemento de diferenciación en el interior de la fratría; y una indicación preciosa para la comprensión de los conflictos que la constituyen. La última etapa de nuestro trabajo debería centrarse en los ecos que estos procesos hallan en la escritura, y en las correspondientes estrategias de auto-representación.

Una reserva antes de continuar: los dos autores sobre los que nos proponemos trabajar tienen la particularidad de haber utilizado, a lo largo de sus obras respectivas, el material biográfico -autobiográfico- como objeto recurrente de ficcionalización. Nuestra tentativa actual es, pues, forzosamente limitada, en la medida en que tomamos como punto de partida sólo dos textos, asumidos como autobiográficos -extraídos de un conjunto de otros textos, sea autobiográficos, sea ficcionales- y que nuestras conclusiones, para superar el estadio de la mera hipótesis, tendrían que ser confrontadas con la totalidad de las obras respectivas, o al menos con todas aquellas que incurren en la ficcionalización de secuencias autobiográficas comprobadas.

Comenzaremos por referirnos entonces a la imagen del padre que se diseña en *Adieu, vive clarté*, a la que seguramente estaremos en condiciones de añadir elementos procedentes de otras obras de Jorge Semprún, que la completan o precisan, según los casos. La primera imagen del padre que aparece en *Adieu, vive clarté* lo presenta como el corresponsal español de la revista *Espirit*, cuyo prestigio entre los intelectuales católicos de izquierda es considerable, y que desempeñó un papel importante en la reflexión política y filosófica de la época. Desde su entrada en escena, pues, la imagen paterna está inscrita en una red referencial caracterizada por las categorías de la práctica intelectual y la práctica política, y legitimada por ellas en el nivel más elevado:

Quelques semaines plus tard, nommé au Pays-Bas pour y occuper le poste de chargé d'affaires de la République Espagnole, mon père a appelé Jean-Marie Soutou auprès de lui, pour prendre en charge son secrétariat (Semprún, 1988 :15).

En la figura del padre, representado aún en su dignidad originaria, convergen y se entrecruzan todas las incertidumbres de la Historia: funcionario de un gobierno fantasma, tutela vacilante de una familia a la deriva, pronto obligado por las circunstancias a organizar su disgregación, refugiado dependiente de la buena voluntad de sus amigos, no hay en el discurso elementos que lo fragilicen, pero las fuerzas de la historia parecen, lentamente, empujarlo hacia los márgenes, abandonarlo en la frontera de una integración cada vez más problemática. La contra-figura del diplomático que encarna la precaria supervivencia del ideal republicano se dibuja en un pasaje de *Federico Sánchez se despide de ustedes*, otro relato autobiográfico en el cual Jorge Semprún relata su experiencia como Ministro de Cultura de Felipe González. Ante una foto antigua de su padre saliendo del Ministerio de Asuntos Exteriores holandés, donde acaba de comunicársele que el régimen de Franco ha sido reconocido por los Países Bajos y que, por lo tanto, su función de representante del gobierno de la República española ha concluido, el narrador nos presenta la imagen emblemática -la primera y posiblemente la más lograda de una larga serie- del exiliado:

Era una foto de mi padre en su edad madura, vestido con un largo abrigo negro y un sombrero hongo. Bajaba las escaleras de un edificio probablemente oficial. [...] Podía leer la tristeza, la pesadumbre en el rostro de mi padre. Podía leer también la determinación: la voluntad de dar la cara, de hacer comprender a los fotógrafos de prensa que le esperaban -por la dignidad de su porte, de su presencia- la verdad y la justicia de la causa que había defendido contra la violencia fascista y la indiferencia suicida de los demócratas (Semprún, 1993:156).

El padre es, entonces, en su cuerpo mismo, la primera encarnación material del desarraigo que mina el encuadre identitario del adolescente: última representación de un sistema cuyos principios habían fundado la existencia individual y colectiva - “La République espagnole n’était plus que le fantôme agonisant d’un État de droit: moins que rien, désormais” (Semprún, 1988:16) -, esa silueta oscura franquea el umbral de una expulsión definitiva, e impone sobre los suyos una comunidad de destino, una orfandad compartida. Los niños han perdido a su madre, el Padre ha perdido la Patria, todos han sido reducidos a la condición de “refugiados”, mendigos de un espacio ajeno, de una identidad confiscada. Y el poder del padre ha sido insuficiente para impedir la derrota, como lo ha sido para reavivar

la llama vacilante de la vida materna. Aún digno, pero íntimamente vencido, la imagen del padre, poetizada por la memoria lejana del hijo, transfigurada en símbolo del duelo histórico, es la última configuración heroica de un tiempo ido, que no será restaurada en el mundo del autobiógrafo sino por su propia conducción ulterior. El Resistente en el que se convertirá Jorge Semprún es la consecuencia más directa de la consagración del Exiliado, y la *iconización* del Padre como figura doliente es el vínculo simbólico en torno al cual las dos instancias se articulan.

Otro episodio, ya narrado anteriormente de manera más sintética (*Autobiografía de Federico Sánchez*, cap. 5, "Intermedio en el Ampurdán" (Semprún, 1977:227) dramatiza el anatema del cual el Padre y el Hijo son objeto. Me refiero al sermón del cura holandés de la Parkstraat, llamando a la guerra santa contra los rojos españoles. En un principio, el Padre se halla en una situación de debilidad a causa de su conocimiento imperfecto de la lengua holandesa, lo que no le impide comprender el tenor del sermón. El cuerpo del Padre reviste una vez más un carácter simbólico: "expulsado del templo", condenado al sacrificio, crucificado por los suyos, su respuesta es a la vez imprecación y plegaria, dolor de la conciencia:

Durant quelques secondes, mon père continua à parler dans le vide, à s'adresser à un interlocuteur devenu invisible. Alors, moi, qui venais tout récemment de prendre à jamais congé à Dieu, j'ai souhaité follement qu'il fit un signe à mon père, qu'il se montrât à lui. J'ai même imaginé sous quelle forme cette apparition aurait dû se produire, pour qu'elle fut vraiment belle; sous la forme de Christ de Limpias. [...] Mais le Christ de Limpias ne nous est pas apparu. Moi, en tout cas, ne l'ai-je point vu. Mon père est resté immobile, figé dans un silence douloureux (Semprún, 1988 :24).

El calvario del Padre lo pone en contradicción con la ley misma, la ley del Padre Eterno. La ley de Dios aniquila la ley del Padre humano, así como la Ley de la Historia aniquila la ley del derecho republicano. Toda legitimidad parece sustraerse en torno a la figura doliente, cuyo único sostén, en este momento crucial, es el hijo adolescente. Mediador entre el Padre y la Institución -traducción lingüística-, entre el Padre y lo sagrado -deseo "compasivo" de epifanía-, el hijo porta a la vez el peso de la palabra ajena y la ausencia de fe, está ya fuera del espacio inicial de la ley, invierte la relación de tutela y se prepara a tomar el relevo a través de la reconstitución de la Ley, que implicará necesariamente una reconstitución de la imagen paterna. Tal proceso se realizará a la vez en el terreno de la biografía y en

el terreno de la autobiografía, es decir, de la escritura, y tendrá como objetivo la construcción de sí y la preservación de la imagen del padre como aquello que, al menos en parte, se quisiera ser: “Todo lo que comprobamos es que la identificación [con el padre] aspira a conformar el propio yo análogamente al otro tomado como modelo” (Freud, 1996:2585).

En todo caso, las marcas del exilio se acumulan: exiliado de la Patria, exiliado de la legalidad institucional, exiliado de la Iglesia, el Padre parece vaciarse progresivamente de su sustancia identitaria, y la rebelión como afirmación absoluta de individualidad es la única posibilidad de preservar la existencia. Herido en sus convicciones más profundas, es el Padre quien acaba poniendo en tela de juicio la autoridad divina, al afirmar el derecho al discernimiento personal. Señalemos la trayectoria sistemáticamente disidente del hijo, que podría inscribirse en el marco de esta “presentificación” dramática del conflicto de conciencia del padre, al cual la escritura atribuiría así un carácter ejemplar. En todo caso, en ese combate singular la victoria no se depositaría ni en manos de la ley ni en las de la institución, ya que el acusado acabará invirtiendo la situación y, luego de invalidar al interlocutor, será él quien juzgue y condene. (Y no podemos evitar una vez más establecer la relación entre el comportamiento ulterior de JS: instancias de juicio y contrajuicio, expulsión del PC y proceso de la instancia de la Ley por escritura). Por otra parte, el trabajo de transmisión y restauración de la imagen paterna que parece recaer sobre uno de los hijos como testigo privilegiado y heredero natural, no puede ser dissociado de una estrategia textual “interesada”: la figura del padre despojado de sus credenciales se sitúa, en la evocación de *Adieu, vive clarté*, en situación de contigüidad con la imagen del hijo Ministro, y en el juego de esas imágenes especulares, es el hijo quien opera la tardía redención ministerial del Padre.

Lo que acabamos de comentar será posiblemente la última imagen activa del Padre. A partir de la confirmación del exilio, la imagen doliente del padre despojado será la única que atravesará los territorios del recuerdo, ese padre hundido en una tristeza definitiva y privado del sentido de su existencia, en la medida en que la Historia parece devenir absurda:

Mon père –c'est à partir de ce moment que son regard devint triste et las – nous dit avec une certaine solennité, lors d'un repas familial. Les démocraties, nous dit-il, ont repoussé de quelques mois, au mieux de quelque années, l'échéance fatale. Mais il y aura tout de même la guerre. Nous aurons été sacrifiés pour rien! (Semprún, 1988 : 29)

Imagen desvitalizada, privada de su impulso interior, impregnada de irremediable decepción y de clarividencia histórica, que en algún momento será reivindicada como el antecedente necesario de la propia lucidez política.

Otra línea de caracterización del padre que se revelará, *a posteriori*, de importancia radical para la construcción de la propia imagen es la que se refiere al padre escritor/poeta y amante de la poesía, eje en torno al cual parece entretorse la legitimidad de la relación entre ambos en su dimensión específica.

La primera alusión a esa "connivencia" del padre con la poesía en el interior de un texto autobiográfico aparece en *Autobiografía de Federico Sánchez*, cuando Jorge Semprún evoca los ecos que despiertan aún en su memoria las sonoridades propias al verso de Darío:

Y es que Rubén Darío era uno de los poetas que a mi padre más le gustaban, junto con Gustavo Adolfo Bécquer. Durante años he estado oyendo a mi padre recitar poemas enteros del uno y del otro, en cualquier circunstancia de la vida, incluso aquellos que no parecían presentarse a semejante quehacer. Algo de la sonoridad de Rubén me quedará siempre en la memoria, en el sublenguaje de mi más escondido monólogo (Semprún, 1977:29).

En *Adieu, vive clarté* la imagen se reitera, solidaria a la vez con los más íntimos recuerdos de la infancia y con la práctica poética propiamente dicha del padre, es decir, con los versos que él mismo componía:

Il m'est arrivé d'ailleurs de les confondre, de retenir par cœur, en les attribuant a Rubén Darío, des vers que mon père avait écrits lui-même et qu'il lui arrivait également de nous dire (Semprún, 1988 :77).

La voz del Padre parece fundar así una tradición oral y literaria, que será a la vez el cimiento de la propia vocación del autor, y el vínculo privilegiado que define la relación entre el hijo y el padre, ambos impregnados de literatura, ambos escritores. Esa prioridad está ilustrada ya no sólo en las conversaciones que Jorge Semprún mantiene con su padre desde la adolescencia, sino también por su admisión gradual en el círculo de intelectuales que aquel frecuenta, por la delegación de la tarea de

leer o recitar textos literarios que, como un ritual a la vez cultural e identitario, reúne a toda la familia alrededor de la palabra transfigurada, culto del que poco a poco el mismo narrador se vuelve oficiante y en el que releva al padre. La línea de transmisión parece definirse muy tempranamente, y adquirir una cierta natural evidencia en el seno de la familia:

Il était établi, en effet, que je serai écrivain, que je poursuivrais la tradition paternelle. C'était une évidence familiale, depuis que j'avais atteint l'âge de raison, puisque c'est ainsi qu'on nomme celui où le cœur et les sens enfantins s'enflamment à la découverte émerveillée et inquiète des émois du monde et du Moi : celui où l'on découvre les mots de cet éveil (Semprún, 1988 :20).

Ese legado se confirma por otra parte si examinamos las confidencias de Jorge Semprún con respecto a los dos espacios míticos de la casa de la infancia, aquellos en los que se condensan los contenidos simbólicos de la doble referencia al origen: la biblioteca para el padre, el dormitorio para la madre. La muerte temprana de la madre y las convulsiones sociales que azotaron a la España de la época han determinado la desaparición, dispersión o aniquilación de toda huella material anterior al exilio: una sola foto de la madre, un solo libro del padre. Los dos objetos sacralizados, atestiguan la realidad de una existencia que la memoria ha preservado, sin duda no sin someterla a una serie de procesos de resemantización, en una obstinada afirmación de la fecundidad de las vivencias infantiles, a pesar de su carácter fundamentalmente abstracto. La serie de peregrinaciones identitarias de las que la obra de Jorge Semprún da cuenta no hacen sino confirmar esa idea de legitimación, de comprobación: la biblioteca del abuelo, la casa de Lequeitio, la legación diplomática de La Haya; los espacios en los cuales se fue construyendo el yo y que pueden ser aún recorridos, para disipar toda duda sobre la verdad de la memoria, y desafiar al tiempo descubriendo sus insospechadas permanencias.

J'ai pris sur l'étagère le seul livre qui aura survécu au désastre, à la destruction de la bibliothèque paternelle.

Avec la chambre à coucher matrimoniale, cette pièce était la plus mystérieuse, la plus attrayante aussi, de l'appartement. [...] Dans la bibliothèque, la fascination était tout autre mais tout aussi physique. Mes mains tremblaient tout autant, j'étais transi des mêmes vapeurs charnelles de l'émoi. L'odeur du cuir, du papier, du tabac blond –mon père fumait des Camel- provoquait la même langueur émoustillée. Je humais les pages des livres comme la soie des lingeries maternelles, avec le même désir enfantin, douloureux, de savoir et de possession (1988 :45).

La relación con el padre, pues, parece haber tenido siempre como eje vehicular privilegiado la palabra en todas sus manifestaciones, oral y escrita, literaria o sistemática, creada o recreada: el libro es, en el interior de este culto paterno de la palabra, el objeto sagrado por excelencia, que forma casi parte corporal del yo, y que ni siquiera en los períodos de privación absoluta y de regresión moral, como los de los campos de concentración, puede ser disociado de la existencia cotidiana. Hay una emoción corporal y una integración física del libro, una forma de erotismo concentrado en el deseo de posesión, de apropiación, de fusión. El pasaje es altamente significativo de la ambivalencia de las pulsiones edípicas, reorganizadas a posteriori por la conciencia hasta atribuirles una calidad de equilibrio armónico que otros fragmentos parecen desmentir (Semprún, 1988:43-52).

Además del libro, diversos objetos/puente entre el pasado y el futuro permiten instaurar un sistema de resonancias semánticas, “sintonizar” la vida del hijo y la del padre: las fotos que van reapareciendo, que se reciben y se redescubren, las cartas que luego de cumplir con su itinerario inicial vuelven, como un boomerang, al heredero. Una vez más, es a través de la palabra como el reconocimiento padre-hijo se pone en escena:

Si pour ne pas mourir de faim, écrit mon père en conclusion de sa missive, je dois m'embarquer [la question débattue entre les deux amis est celle du départ vers les Amériques]- je m'embarquerai. Mais ici ou en Amérique ou en Chine je ne puis plus être qu'un survivant. Et je ne désire rien d'autre que de m'enfermer dans la niche qui correspond à mon état de cadavre ambulant...(Semprún,1988 :78)

No es difícil identificar ecos semánticos e históricos significativos en esa autodefinición del padre si la proyectamos sobre la trayectoria del hijo, sobreviviente en el sentido más literal que pueda darse al término, y no sólo de los campos de concentración. También en este punto podemos formular la hipótesis de una compensación a las carencias paternas, de una “redención” ejercida por el hijo: el primero de los sobrevivientes -del exilio, la pobreza, la guerra para él abstracta- parece “retirarse”, adecuarse al “no ser”, mientras que el hijo, al participar activamente en la guerra, al desafiar al desarraigo del exilio integrándose en el combate de su pueblo de adopción, al afirmar su derecho a la existencia en el

interior de los campos, se rebela, borra al no ser y lo recubre con un ser nuevo y otro. Existir es sobrevivir, aun al precio de aparentes renunciamentos identitarios, y la supervivencia consiste en la dignidad del que no acepta la derrota, en el orgullo de ser lo que quiera ser, aquello en lo que decida convertirse. La adopción consciente de la lengua francesa como lengua de cultura y de escritura es un punto crucial de articulación de esa transfiguración, que se parece mucho a una autogeneración.

Pour préserver mon identité d'étranger, pour faire de celle-ci une vertu intérieure, secrète, fondatrice, je vais me fondre dans l'anonymat d'une prononciation correcte (Semprún, 1988 :79).

Esas fallas, esas fragilidades del padre contra las que el hijo-narrador no se encarniza jamás -como lo hará Carlos- son las que cuestionan de manera implícita el carácter ejemplar de la imagen paterna y provocan en ciertos casos precisos una inversión de roles, en la cual el hijo se convierte no sólo en "muleta" del padre -problemas lingüísticos-, sino que parece asumir su tutela. Tal es el caso en el episodio que narra la humillación del padre al verse obligado a compartir el dormitorio con otros invitados, en el que Semprún Gurrea aparece como un niño mimado y totalmente inepto para las exigencias de la vida material¹. Es entonces cuando emerge la crítica más abierta y menos compasiva:

D'autres fois, au cours de mon adolescence, j'ai été sensible aux angoisses que réveillaient chez lui son manque de sens pratique, son incompréhension grand seigneuriale du principe de réalité, son inadaptation à la vie quotidienne quand on n'appartient pas aux couches privilégiées de la société. [...] C'était un intellectuel bourgeois qui avait tout risqué -tout perdu- pour défendre ses idées libérales, de justice sociale, mais il était incapable d'affranchir une lettre et de la poster tout seul, ou de se débrouiller dans un bureau de l'administration française. [...] L'exil et la défaite en avaient fait une sorte de prolétaire, ou de déclassé de l'intelligentsia, jeté dans une dérégulation presque absolue. Parfois, cette incapacité de faire face aux contingences pratiques de la vie m'avait touché chez mon père. Car s'il lui arrivait d'être irritant, il lui est arrivé aussi d'être sublime, dans l'exercice de cette inadaptation (Semprún, 1988 :99).

Una vez más comprobamos que la estrategia de auto-construcción exige la preservación del modelo. En el momento mismo en que la toma de distancia crítica

¹ No podemos sino comparar este episodio con las alternativas posteriores de la vida del hijo, obligado a sobrevivir en los dormitorios colectivos de los campos de concentración (*L'écriture ou la vie*), imagen que, aunque implícita, de su verdadero sentido al pasaje.

se hace más radical, el narrador se ve obligado a reequilibrar la imagen paterna, y a hacer de su “invalidez” simbólica un rasgo heroico, inscribiendo en el relato el sacrificio -a la vez retórico y narcisístico- de la identidad nacional.

La última imagen da cuenta de la decadencia del padre a través de un retrato degradado cuyos rasgos son la soledad, la pobreza, la supervivencia. Se lo muestra encerrado en sí mismo, desengañado, amargo:

Mon père allait péniblement survivre aux années de l'Occupation, avec les maigres revenus de ses leçons d'espagnol au collègue religieux de Massabielle et les quelques économies que la Suisse avait dû faire sur son traitement diplomatique antérieur. Très isolé, [...] il avait survécu dans la vase clos des idées ressassées, des illusions perdues, des fidélités symboliques. Sur la paroi de l'une des chambres du vétuste appartement de la maison Sedaine, rue Auguste-Rey, à Saint-Prix, un petit fanion tricolore républicain –rouge, or, violet- tranchait par son éclatante couleur sur la morosité des jours (1988 :238).

Y sin embargo, en el momento de pensar en la última *mise-en-scène*, es esa bandera republicana, símbolo para el narrador de una identidad fantasmática y de un combate que en realidad el padre no ha librado nunca, lo que se impone - ¿literariamente? ¿narcisísticamente?- como emblema de la trayectoria del hijo. Quizás intente devolverle así el rango heroico que había perdido en el apartamento de la rue Sedaine, pero también rendir homenaje al fragmento mítico que aún podía iluminar la parálisis cotidiana de los vencidos, y extraerse, por esa “unción” consagrada, a la polémica que necesariamente ha marcado su trayectoria de disidente político; redimirse del error comunista sin renunciar a la mística libertaria.

En síntesis, una imagen paterna “modulada” entre el respeto a una dignidad política distante, la trasmisión ritualizada del culto a la literatura, la condescendencia frente a la incapacidad para insertarse en lo real, y la compasión ante la esterilización final. La temprana toma de distancia con la familia favorece evidentemente una maduración autónoma adolescente, menos marcada por la presencia de la ley del Padre o, si enfocamos el proceso desde el punto de vista del testimonio polémico de Carlos, por la real degradación de toda autoridad y el renunciamiento a la función paterna que acarrea su casamiento con la Suiza. En esa maduración autónoma se perfilan, además, una serie de sustitutos de la función paternal, que posiblemente están en mejores condiciones que el padre real para concluir la evolución del joven hacia su destino: guías políticos y culturales,

introdutores a los grandes textos, proveedores de alimentos espirituales, ejemplos de resistencia o de radicalidad, introductores a la vida sexual... Hay en torno a Jorge una proliferación de imágenes paternas parciales, que componen una especie de mosaico funcional y que de alguna manera encubren el abandono progresivo de todo intercambio efectivo profundo entre padre e hijo, revelado a medias por las innúmeras reticencias de Jorge Semprún ante el relato de esas relaciones, que pueden ser ilustradas por la técnica narrativa utilizada en el capítulo 5 de *Adieu, vive clarté*. Hay una composición de las imágenes paternas que tiende a situar al padre biológico como uno más de los educadores, iniciadores o protectores posibles, un modelo que, cuando comienza a mostrar sus limitaciones o desfallecimientos, puede ser rápidamente sustituido por otro que lo compensa, y que protege al hijo del irrespeto y al padre de la desvalorización.

Estaríamos entonces frente a una forma de manipulación de esa imagen paterna, articulada en función de una doble estrategia: la interdicción narrativa de los episodios de la vida familiar que podrían desnudar la fragilidad moral del padre, y la puesta en escena de aquellos rasgos que, fundando la propia trayectoria, le autorizan una función ejemplar y convierten a Jorge en el heredero privilegiado, en el escritor predestinado por una transmisión “natural”, en la figura tutelar de la fratría², en el sustituto paternal por excelencia, puesto que en su propia vida se acumulan los comportamientos heroicos y los reconocimientos literarios. Él es la potenciación y la realización de lo que el padre no ha alcanzado, y encarna quizás la figura que compensa al resto de la fratría masculina de las frustraciones que la tibieza o la indignidad del padre podrían haber engendrado.

Una imagen totalmente distinta es la que nos ofrece el relato de Carlos Semprún Maura. *El exilio fue una fiesta* comienza con una violenta evocación de la madrastra, cuyo nombre y apellido históricos son explicitados como objeto designado del inevitable ajuste de cuentas. En los textos de Jorge sólo podemos

² “Les parents peuvent aussi opérer des subdivisions [à l’intérieur de la fratrie]. Les préférences qu’ils manifestent à l’égard de tel ou tel comportement social, pour tel ou tel enfant, peuvent apparaître au fil du temps. [...] Un enfant peut avoir plus d’autorité sur le reste de la fratrie d’il est préféré par un ou les deux parents » (Toman, Walter, *Constellations fraternelles et structures familiales*, Editions ESF, Paris, 1987, p. 43.) Nos parece que estas observaciones son perfectamente aplicables a la “delegación” que el padre opera sobre Jorge, y al papel que éste parece desempeñar en el centro de la fratría.

encontrar alguna alusión incidental e irónica a “la Suisse”, a partir de la cual inferimos que ésta no goza de todo su respeto. Pero buscaríamos en vano un testimonio comparable al de su hermano menor, que relata un verdadero martirio en manos, no ya de la suiza, sino de la “perra”, quien lo somete a violencias corporales y psicológicas:

Es cierto que durante un período, uno de los períodos negros de la familia -o mejor dicho, uno de los períodos negros de mi vida [...] el período de la ocupación nazi, que nos pilló en Saint-Prix, un pueblo con cierto encanto melancólico y a ratos francamente triste, a diecisiete kilómetros al norte de París, en las proximidades del bosque de Montmorency, Anette Litschi me pegaba diariamente (Semprún Maura, 1998: 13).

El narrador acumula así una serie de abominaciones diversas -que nos darían sin duda ocasión para un trabajo fecundo de interpretación psicoanalítica-, de cuya veracidad nos resultaría difícil dudar, y que emergen desde las primeras páginas como un agente de contaminación del mundo, cuya influencia nefasta no sólo va a ejercerse sobre los hijos más pequeños que todavía permanecen en el seno del grupo familiar, sino también sobre el padre y su imagen. La “siniestra señora” no sólo incurre en la transgresión primordial, la de reemplazar a una madre amada y muerta en plena juventud -agotada probablemente por las procreaciones sucesivas- sino que esta sustitución parece formar parte de un plan preestablecido que comienza a concretarse durante la enfermedad y la larga agonía de Susana Maura. Esta entrada “por efracción” en la familia legítima constituye al mismo tiempo un ascenso social -de gobernanta a señora de la casa- y configura de manera precisa el perfil moral de la madrastra, al tiempo que corroe la imagen del padre, ya que el narrador presenta simultáneamente la imagen de “Susana Maura [...], en su dormitorio, enferma, moribunda, durante semanas y semanas” y su interpretación del inicio de la sustitución programada:

La certidumbre con que Anette Litschi explicaba sus planes de reorganización doméstica a su colega “institutriz”, parecen demostrar que ya había seducido a nuestro padre. Un largo período de abstinencia debería de haber hecho sucumbir a don José María de Semprún y Gurrea y haberle volcado en el lecho de la perra (Semprún Maura, 1998: 17).

La toma de distancia irónica que implica el nombre completo del padre precedido del “don” es un elemento de diferenciación esencial entre la representación construida por Jorge y aquella narrada por Carlos. El abandono del

posesivo de filiación habitual -“mi padre”- inscribe en el lenguaje esa fractura inicial de la relación con el padre contaminado por la perversidad de su mujer y a la vez sometido, como los hijos, a su autoridad inapelable. Pero esa modalidad de designación, que será sistemáticamente retomada a lo largo del relato, es también un elemento de caracterización que amplifica y caricaturiza las ineptitudes de Semprún padre para adaptarse a las exigencias de una vida cotidiana marcada por el desclasamiento social, y que Jorge había definido, no sin dureza, como su “incomprensión grand-seigneuriale de la réalité”. Desde el inicio del libro, pues, la degradación de la imagen del padre es manifiesta, y de alguna manera se convierte en uno de los soportes del relato.

Esa degradación no se limita, por otra parte, al juego de poder en el interior de la configuración familiar, poder del cual el padre ha sido desposeído, poder al cual el padre ha aceptado renunciar, atentando así contra la esencia misma de su función y su identidad simbólica, poder doblemente ilegítimo si es la madrastra quien lo ejerce, en tanto que figura emblemática de la intrusión en un espacio impropio -el de la maternidad- y de virilización en el esquema simbólico. Así vaciada de su dimensión organizadora, la figura del padre puede ser sistemáticamente invalidada en cada una de las esferas del comportamiento: egoísmo social -episodio del abandono de la criada en el momento de la partida hacia el exilio, motivada por reflejos de discriminación social: “También se quedó la criada, como un trasto viejo, como otro baúl, no iba a cargar don José María de Semprún y Gurrea con una domestique...” (Semprún Maura, 1998: 21) - o familiar como el episodio del rechazo culpabilizante de la familia que le impediría asumir sus responsabilidades de militante:

El motivo de su histeria, según se deducía de sus alaridos, era que se maldecía y nos maldecía, porque siendo tan numerosa su familia y tan pesado su mantenimiento, no podía alistarse y marchar al frente a guerrear, como era su deber de español republicano (1998:31).

Este pasaje es particularmente interesante desde el punto de vista de las “metamorfosis simétricas” a que son sometidos los roles simbólicos. El padre aparece caricaturalmente feminizado en sus comportamientos -al menos en lo que

concierno a las representaciones convencionales aún aceptables en la época-, puesto que se le presenta como incapaz de mantener el control de sí mismo - “ataque de nervios, sollozos, gritos, histerismo, alaridos...”- y a la vez como un cobarde manipulador que intenta justificar la exigüidad de su compromiso físico en el proceso histórico por un desplazamiento de responsabilidad hacia la comunidad familiar (mecanismo de culpabilización frecuentemente considerado, además, como una de las formas de manipulación propias a la función maternal):

Si realmente hubiera querido guerrear, empuñar un fusil, ir al frente, podía haberlo hecho, sobre todo después de que esa maldita familia había encontrado cobijo y refugio en Francia, o sea, a comienzos de 1936, aún a comienzos de la guerra (1998:31).

Esta invalidación del padre como combatiente eventual, sobre la que insistirán otros pasajes del texto, se ve completada de manera humorística por la puesta en escena del padre “jugando a la guerra” y disfrazado de miliciano, poco antes de la partida.

La destrucción sistemática de la imagen paterna -necesaria quizás para una reconstitución narcisística del adulto, pero también reactivación por medio de la escritura de conflictos nunca resueltos entre la *imago* paterna y el hombre concreto incapaz de encarnarla- se ejerce aún en otros dominios que parecen insistir en la contradicción constante entre los principios enunciados y los comportamientos practicados: repatriación de dinero por estraperlo, “frecuentación preventiva” de oficiales alemanes, ambición de figuración social, negación de la realidad, indiferencia con respecto al sufrimiento de sus hijos maltratados o a las víctimas del holocausto -“Mi padre, que jamás ha demostrado el menor interés ni la menor piedad por el holocausto”-. Fijado en una concepción arcaica y vacía de la moral abstracta, Semprún padre se muestra, en la representación producida por su hijo Carlos, como un personaje vano, ambicioso, mezquino, a veces violento, de un formalismo extremo y casi pretencioso, imbuido de sí mismo y de sus hábitos señoriales, pero definitivamente incapacitado para asumir una posición activa en el mundo a partir del momento en que se ve privado de la infraestructura del sistema político y de la clase social de origen con que contaba en España. Ya fuese un ingenuo impenitente o un simulador consumado, don José María Semprún Maura no

halla clemencia alguna en la mirada de Carlos, que no sólo ridiculiza, sino que incluso ha relatado, en *El año que viene en Madrid*, “el entierro [del] padre, en Roma, de forma irónica, con humor negro...”. Provocación y exorcismo, el ajuste de cuentas obsesivo con la imagen paterna constituye sin duda uno de los mecanismos indispensables para la construcción del Yo, y para su puesta en escena en el seno de la escritura autobiográfica.

La diferencia entre las dos imágenes del padre producidas por Jorge y Carlos Semprún podría inscribirse en la dialéctica de un juego, ciertamente deliberado por ambas partes, de ocultamiento y develamiento. No encontramos todo a lo largo de la obra autobiográfica de Jorge Semprún ninguna alusión a los episodios incriminantes relatados por Carlos, ningún cuestionamiento moral del padre, apenas una amarga ironía contenida en las alusiones a la madrastra. El clima “anormal y mórbido” en que vivía la familia reducida -la pareja matrimonial y los tres hijos menores- parece serle desconocido, y si bien adivinamos al leer *Adieu, vive clarté* que, dado el contexto histórico y social, la existencia cotidiana podía ser penosa, la dificultad se perfila a través de las consecuencias directas del exilio -aislamiento, tristeza, carencias financieras- y no en función de alguna patología interna. Las perversiones de la madrastra no son mencionadas, la locura del hermano Paco tampoco. Podemos alegar en su descargo dos razones perfectamente aceptables: la voluntad de no librar a la opinión pública “secretos” de familia, el hecho de que en parte Jorge no haya sido testigo directo de esos acontecimientos, al vivir en París y no en Saint-Prix. Al mismo tiempo, nos parece inverosímil que los ignore totalmente. La decisión de incorporarlos o no al relato está en función de las diversas estrategias narrativas, y sobre todo de la coherencia propia a una modalidad de construcción de sí, de auto-constitución en la escritura, que en los dos hermanos es forzosamente diversa y aún opuesta. La evocación de Jorge es una evocación extremadamente selectiva, sublimada y literaria, en la que una lectura atenta puede percibir la tensión entre la posibilidad de decir y la decisión de no decir. Un ejemplo claro está dado por la construcción del capítulo 5 de *Adieu, vive clarté*, en el cual Jorge anuncia una visita a la casa familiar de Saint-Prix -y por lo tanto, un relato de esta visita-. Visita y relato que finalmente no se concretan, puesto que el narrador parece atrapado en el laberinto de un itinerario -geográfico,

espiritual y sexual- que, en lugar de acercarlo a la morada paterna, lo aleja irremisiblemente. Más allá del efecto de *mise-en-scène* que consiste en hacer competir, en el mismo movimiento material y discursivo, una experiencia crucial de revelación de deseo sexual y el imperativo moral de una visita familiar no deseada, todo el montaje del capítulo tiende a inhibir el objetivo inicial, a acumular los obstáculos capaces de interferir entre la intencionalidad consciente y las solicitudes del mundo, a desviarlo del deber para anegarlo en el querer:

J'allais rater le train de Gros-Noyer-Saint Prix que j'avais prévu de prendre [...], je prendrais le suivant. Ou un autre, plus tard. De toute façon, il n'y avait pas le choix. Je veux dire, il n'y avait pas à hésiter sur le choix à faire. Quel que fût mon amour filial, et il n'était pas démesuré, une journée de conversation attristée à la maison Sedaine-Wolf – il est vrai que l'avenir familial se présentait sous des sombres auspices – ne faisait pas le poids face à l'aventure de Marcadet-Poissonniers avec une blonde d'autant plus ravissante que c'était-elle qui me ravissait... (Semprún, 1988 :176)

En síntesis, ese itinerario de errancia en el que el narrador se demora, multiplicando al infinito la mención de las estaciones intermedias, como si aludiera a un minucioso calvario, no conduce, como es evidente, a la casa de la rue Sedaine, sino que gira ritualmente en torno al Panteón, al centro del universo en el que el narrador comienza a existir por sí mismo, lejos de la presión angustiosa que emana de la comunidad familiar. No hay en Jorge Semprún ni ignorancia ni olvido, sino una decisión explícita de seleccionar los materiales que componen su historia, y con ella, su escritura:

A Saint-Prix, en tout cas, dans l'appartement de la maison Wolf, ou Sedaine, mon père et la marâtre avaient gardé auprès d'eux les deux plus jeunes membres de la fratrie, Carlos y Francisco, qui ont souffert sous la fêrule obtuse et arbitraire de la Suisse. Le dernier, jusqu'à sa mort, n'a parlé de ces années que sur le ton de l'humour noir, féroce et désopilant, dont il était, avec fulgurance, coutumier. Le premier, Carlos, en a fait des romans qui montrent à quel point il fut blessé par cette expérience. Tous les autres étions dispersés ici ou là, au vent de l'exil et du hasard, qui nous fut plutôt bienveillant, toute compte fait. Je veux dire : nous y avons survécu. Au prix de quelle angoisse, de quelle fêlure interne, il faudrait demander à chacune et à chacun. A ceux qui sont encore vivants, bien sûr. Je ne suis pas certain qu'ils répondraient. Moi, en tout cas n'en dirai rien (Semprún, 1988:157-158).

Pudor o censura, el ocultamiento de una parte de la realidad familiar está inscrito en la opción narrativa de Jorge Semprún: el nombre de Álvaro silenciado, la crueldad de la madrastra “acotada” por el signo de la arbitrariedad -que si bien

puede ser pertinente, parece ser también insuficiente-, el propio sufrimiento privado de las palabras que podrían instaurarlo. La autobiografía parece articularse solamente en torno a las instancias escogidas desde una concepción reflexiva del yo, las que hicieron de él, aún antes de que la Historia lo justificase, un superviviente.

Por el contrario, parece evidente que la estrategia narrativa y autoconstructiva de Carlos se basa en el develamiento, en lo *dicho*, en confiscar la voz familiar pública -no podemos especular sobre las estrategias adoptadas por el resto de los hermanos y hermanas, que no se construyen a través de la escritura, lo que equivale a aceptar que, desde nuestra perspectiva, se construyen en silencio- para desnudar secretos compartidos y acallados, para crear un espacio polémico de existencia derivada, que al surcar transgresivamente la misma vía -la escritura- que las otras dos figuras tutelares -el padre, Jorge- elabora la diferencia y, a partir de ella, la identidad. Recordemos un principio fundamental de las interrelaciones en el seno de la configuración familiar:

Les enjeux inconscients du rapport fraternel [sont] échapper à la confusion entre soi et autrui, se différencier, affirmer son identité. La différence est au cœur de la fratrie, [...] la différence fonde l'identité (Bourguignon, 1999 :72).

La representación de la constelación familiar se hace así a dos voces, voces disonantes, entrelazadas en una composición ya coral, ya contrapuntística, en la que se oponen los silencios estructurantes y la nota extrema, y en la que cada registro vampiriza al otro, puesto que a menudo su validez depende de la invalidación de su imagen simétrica, especular (“hay gente que no acepta el espejo” (Semprún Maura: 1998: 48)).

Esta dialéctica, que bien puede ser interpretada como una manifestación de las rivalidades internas, sea en el eje vertical de la filiación, sea en el eje horizontal de la fratría, es particularmente explícita en torno a uno -y quizás el más significativo- de los ejes comunes a los itinerarios del padre y de los dos hijos: el de la escritura. Ya vimos cuál era la dimensión del “legado” literario que vincula al padre y a Jorge, en su doble carácter de lectores y escritores. Sin emitir juicios de valor, Jorge acepta la práctica literaria del padre, la asocia en su recuerdo infantil a

la vez con una forma de emoción estética y con la música de otros versos, los versos consagrados de Darío, que aunque no figuren entre los preferidos del narrador adulto, están indisolublemente ligados a una de las imágenes más prestigiosas de la poesía en lengua española, e incluso en algún momento, en función del mecanismo asociativo del recuerdo, los identifica o los confunde. No podemos decir que ninguna de estas estrategias de presentación del padre poeta implique una distanciamiento crítico valorativa. Por el contrario, cuando Carlos hace alusión a esas mismas ceremonias familiares, la invalidación, muy neta, alcanza tanto a José María Semprún Gurrea como a su hijo Jorge, y no sólo porta sobre la calidad intrínseca de la producción, sino también contra su práctica ritual y social. Refiriéndose a las relaciones eventualmente conflictivas entre los dos hermanos mayores -que debían disputarse el liderazgo de la fratría y la delegación del poder paterno-, Carlos Semprún Maura degrada a la pareja funcional padre/Jorge, introduciendo de manera oblicua un actor más en el terreno de confrontación de la fratría:

Durante un período hubo una rivalidad entre los mayores, Gonzalo y Jorge [...] Puede que esa rivalidad se basara en el hecho de que Jorge escribía poemas y don José María, cuando tenía invitados de confianza, le instaba a que leyera en voz alta. No recuerdo uno solo de aquellos versos, pero sí que aquellas sesiones de recitación me aburrían mucho. Y tengo la impresión de que también aburrían a los invitados. Tal vez cabrearán a Gonzalo. El era -y sigue siendo- pintor y, a veces, se enseñaban sus cuadros, pero las sesiones de recitación o lectura en voz alta debían de tener mayor prestigio social, sobre todo teniendo en cuenta que Semprún senior era asimismo poeta -pésimo-, y había publicado algunos libritos à compte d'auteur...(Semprún Maura, 1998:40)

Es claro que Carlos considera en este pasaje al padre y al hermano mayor como formando parte de una unidad solidaria, ligados por una práctica consentida de identificación que es a su vez exclusiva con respecto a los otros miembros de la fratría, y contra la cual él se inscribe por medio de la evaluación negativa. La dificultad reside en el hecho de que Carlos se sitúa conflictivamente en el mismo espacio simbólico, y por ende en el marco del mismo paradigma, que los dos modelos recusados: el de la escritura. El hermano menor sólo puede existir por "intrusión" en el terreno reservado de la doble imagen tutelar, y solo la contradicción,

la inscripción polémica en el seno de la configuración permiten la necesaria diferenciación. Según Odile Bourguignon,

(...) le complexe fraternel s'organise autour d'une représentation inconsciente centrale, l'ímagó du semblable, aux figurations narcissiques multiples : reflet, double, rival, intrus, alter ego... nous sommes dans des rapports de confusion, de similitude, dont la gémellité vrai est l'émblème, mais aussi des rapports d'induction, d'influence, d'emprise. Nous sommes aussi dans un registre intrapsychique où l'alternative se pose en termes d'identification ou d'exclusion (l'autre est moi, l'autre ou moi) (Bourguignon, 1999:249).

En realidad, el problema del texto se plantea en otros términos, dado el momento de su escritura y su publicación. La toma de distancia crítica con respecto al padre es un proceso consolidado, y sin duda el verdadero destinatario de la descalificación no es José María Semprún Gurrea, sino Jorge Semprún, el rival actual, contemporáneo, héroe de la Resistencia, sobreviviente de Buchenwald, ministro de cultura del gobierno de Felipe González, intelectual mediatizado, escritor consagrado, figura visible de la fraternidad, que parece encarnar literalmente el conjunto de valores, aspiraciones y potencialidades de la configuración inicial, y junto al cual la trayectoria de Carlos -sobre la que volveremos- podría aparecer como un pálido reflejo, una imitación fallida. Sin duda el intercambio agri dulce reproducido por Carlos Semprún Maura en las últimas páginas de *El exilio fue una fiesta* da cuenta de esa tensión que se ha realimentado sin cesar a lo largo de la vida de los dos hermanos, y hace eco irónicamente a la ceremonia en la que el padre ponía en escena al hijo, sólo que ahora la perspectiva es la del miembro marginal que afirma su derecho a la presencia en un espacio del que se le había excluido, aún cuando el brillo del hermano acabe relegándolo a los márgenes:

-Semprún es un apellido famoso, ¿no?

-Sí. Pero el famoso no soy yo, es mi hermano, el escritor.

-¿El escritor? Pero la Señora Mina me había dicho que usted también había escrito libros muy bonitos.

Y es cierto que Mina Dastakian había leído y decía apreciar varias de mis novelas. No creo que sor Visitación las haya leído, menos mal supongo. Entonces le solté una broma que uso muy de vez en cuando, y me dio una respuesta genial:

-Sí -dije- yo tengo el talento y él la fama.

-¡Estupendo! Así todo queda en familia. (Semprún Maura, 1998:318)

Ya habíamos aludido a los dos ejes fundamentales en torno a los cuales se construye la identificación legítimamente (mutuamente legitimante) entre Jorge y su

padre: la literatura y la política. Esta última no es ajena a la práctica ni a la representación de Carlos, sino que, a imagen de las dos figuras emergentes de la configuración familiar, constituye el otro espacio de rivalidad y disidencia en el cual se ejerce la afirmación de sí. El esquema de invalidación del padre que acabamos de comentar se reitera, aunque de manera más matizada, en el ámbito de la acción y el pensamiento político. Ya aludimos a la descalificación de toda imagen del padre “combatiente”, cuya supuesta voluntad de compromiso integral en la guerra se ve desmentida por la acumulación de rasgos caricaturales -infantilización o feminización- que rodean cada tentativa, real o virtual. Desde el punto de vista de la contribución del padre al pensamiento republicano, la evaluación es menos radical, e incluso la referencia explícita parece testimoniar un cierto respeto:

 Mi padre, José María de Semprún y Gurrea, fue uno de los colaboradores más sonados de dicha publicación y Victoria Kent le publicó, por lo menos, dos gruesos libros: España en la encrucijada y Una República para España, que fueron algo así como un intento de crear las bases teóricas de una democracia cristiana para España (Semprún Maura, 1998:308).

Es cierto que las revelaciones que acompañan esa alusión, y que conciernen a las actividades como colaborador de KGB de Tuñón de Lara, *alias* Telmo Lorenzo, alteran ligeramente esa primera impresión, en la medida en que lo sitúan en el campo de los “ingenuos”, incapaces de descifrar la dimensión real del comunismo detrás de sus múltiples máscaras. Pero teniendo en cuenta que tanto él como Jorge fueron ambos militantes del PC y que la toma de conciencia con respecto a esas mismas desviaciones que ambos denunciarán fue relativamente tardía, aunque virulenta, el saldo no puede sino ser positivo para la figura paterna. En lo que respecta al itinerario político de Jorge, tanto la representación como la evaluación son infinitamente complejas. No tenemos tiempo de entrar en los detalles, pero es sin duda en ese espacio donde se dirimen de manera más clara las tensiones entre los dos. Por una parte, y desde muy temprano, Jorge parece colmar la falla en la que supuestamente habría incurrido el padre al no responder cabalmente a la imagen del héroe físicamente comprometido en la defensa de sus ideales: episodio del cargador, confidencia respecto a la participación en la Resistencia, consagración primero como resistente y luego como el militante que asume todos los riesgos, superior jerárquico en el seno de PC, etc. Ese conjunto de rasgos configuran en el

interior de la fratría una imagen del modelo sustitutivo que recubre y suple a la del padre, presente -por oposición a la ausencia de la madre- pero invalidado por la doble intrusión de la Historia y de la madre ilegítima. La autoridad de Jorge es entonces una autoridad moral que redime en parte la experiencia de las mezquindades cotidianas del padre real, y que a menudo se comporta como él hubiera debido hacerlo, proporcionándole alojamiento, dinero, protección, relaciones. La doble identidad de Jorge -como Semprún, como Federico Sánchez- no hace sino confirmar esa función tutelar y jerárquica. Pero al mismo tiempo, con la misma actitud y la misma crueldad con la que desnuda los secretos de la familia, Carlos Semprún Maura desnuda las contradicciones, las mezquindades, las ambiciones, los dobleces, las arbitrariedades cometidas por el hermano y por el cuadro político. Sabemos, por supuesto, que las relaciones entre ambos se han deteriorado precisamente a partir de diferencias políticas manifiestas, lo que nos induce a considerar las afirmaciones de Carlos con una cierta reserva. La parcialidad, la subjetividad, el encono no pueden ser excluidos como motores de una representación que parece complacerse en derribar los ídolos -íconos- trabajosamente contruidos. Al mismo tiempo, y si nos referimos a la actitud de ambos hermanos con respecto a la mayor y más consagrada de todas las figuras ejemplares que han ejercido su influencia durablemente sobre ellos, la del Partido Comunista, vemos que tanto uno como otro acaban rompiendo con la estructura y con la ideología que le es propia, y ello sin ahorrar ni la crítica ni la autocrítica. Reconozcamos que la “confesión” de Jorge Semprún en *Autobiografía de Federico Sánchez* parece exhaustiva y sin concesiones, ya sea con respecto a las instancias del Partido o a la propia actitud en el período aludido. Pero la puesta en escena de Federico Sánchez por Jorge Semprún tiene un designio fundamental: el de fundar la legitimidad de la “traición” en la coherencia fundamental de la conciencia. Se trata, pues, de una intencionalidad a la vez política -denunciar la mistificación comunista- y moral: celebrar la conversión del héroe. El hermano menor, globalmente relegado a un segundo plano en el terreno de la política y en el de la literatura, halla en la disidencia un punto de articulación que le autoriza una ventaja estratégica sobre el rival-hermano: su abandono del Partido -y por lo tanto su lucidez política- son anteriores a los de Jorge: él es el primero en acceder a una “Verdad” por la cual ha

pagado un precio muy elevado entre sus antiguos camaradas, pero que la reviste en una aureola a la vez maldita y anticipatoria, es decir, que contribuye a configurar una imagen de héroe invertida con respecto a la acuñada por Jorge. Marginal e insumiso, Carlos Semprún acaba autorepresentándose como el único de los tres - padre, hermano mayor, hermano menor- que, habiendo decidido transitar la misma senda, no ha cedido a la engañosa atracción del poder y de la exaltación narcisística.

Reelaboración divergente de la imagen paterna -respetable porque expurgada en el uno, apropiada por la vía de la identificación que funda la autoconsagración; radicalmente descalificada en el otro y término de contradicción que funda la diferencia-, itinerario paralelo en su diseño y finalmente divergente en sus consecuciones, el “triángulo edípico fraternal” (Sharpe y Rosenblatt, 1994) constituido por José María Semprún Gurrea, Jorge Semprún, y Carlos Semprún Maura parece generar una proliferación de tentativas especulares organizadas en torno a los ejes de la política y la literatura, cada una de las cuales es la manifestación de una de las frases de lo que Laplanche llama “el triángulo rivalitario”, por oposición al triángulo edípico. La delegación explícita operada por el padre en beneficio del mayor de los dos hermanos abre el camino de la identificación para Jorge y el de la diferenciación para Carlos. Pero la coincidencia de los espacios de auto-inversión y de sublimación confirma la persistencia de lo semejante, de la duplicación, y de la reivindicación del legado común. Al mismo tiempo, la degradación de la imagen del padre en la representación consciente del hijo menor provoca un primer movimiento de sustitución con respecto a la tríada inicial: el hermano mayor ocupará la función ejemplar para la que el padre ha sido invalidado, y su rol tutelar. Comentando el aporte de Rosner a la teoría de las relaciones fraternales, Odile Bourguignon señala:

Il montre combien les frères et sœurs sont de constants objets d'internalisation durant les phases précoces du développement, comment ils peuvent servir d'antidotes à des introjets parentaux pathologiques... (Bourguignon, 1999:60)

Este desplazamiento simbólico en el interior de la tríada acabará, con la desaparición del padre, por reducirse a una relación de oposición binaria que asume el mismo diseño que la oposición originaria. De este modo, la imagen de Jorge será

a su vez “develada”, invalidada, y esa descalificación será legitimada por un retorno irónico a la identificación que abriera el círculo: Jorge y el padre han traicionado, cada uno a su manera, sus principios en aras de una cierta imagen social, de una ilusión de poder. Desde ese punto de vista, también Jorge parece haber llevado a su máxima expresión la herencia paterna, como lo indica la inclusión de don José María y de Jorge en una serie que los identifica como ministros fantasmales, el uno “ministro sin cartera”, el otro “ministro de Cultura o sea de nada”. Pero sin duda la acusación más grave de la que Jorge es objeto es la acusación de stalinismo, que erosiona no sólo una buena parte de su vida, sino sobre todo de su obra, y de alguna manera pone en tela de juicio la honestidad de su “conversión”. Lo que no impide que, todo a lo largo de *El exilio es una fiesta*, la figura de Jorge sea omnipresente, y oscile constantemente entre el reconocimiento filial y la crítica acerba, entre el rival y el “*socius*”. Por el contrario, la presencia de Carlos en los textos de Jorge es mucho más esporádica, y se manifiesta siempre en un registro de discurso irónico, lo que no es obstáculo para que, de alguna manera, se lo sancione por haberse apartado del itinerario del modelo:

[su activismo militante] le llevó, después de que abandonara el PCE, en 1957, a militar en el FLP y luego al correr de los años, en todas las escisiones, a cada cual más pura, más químicamente leninista, del FLP y de los sucesivos aluviones crepusculares de éste [...] para terminar -después de un giro ideológico de 180 grados que le hizo ¡al fin! olvidar su fetichismo leninista de la organización- en el papel del bucólico poeta arcádico y arcaico de un anacronismo de salón y de despotique que oculta, sin duda, una muy real y profunda y tal vez hasta insoportable, desesperación ante el fracaso histórico de la revolución (Semprún, 1977:74).

El círculo parece cerrarse así de manera impecable: en la doble confrontación de los hermanos que de alguna manera se disputan el derecho a representar-reconstruir la imagen paterna. Carlos, el marginal, acaba siendo descalificado por Jorge, el depositario oficial del legado paterno, gracias al mismo procedimiento ya indicado: la acusación de incoherencia, de contradicción interna. Sólo que Jorge añade una lectura interpretativa, en función de la cual Carlos y el padre se reúnen en una misma desesperación, es decir, en una misma incapacidad de acción.

En síntesis, la imagen del padre es, en nuestro análisis, más bien una ilustración de otra relación, que sólo puede ser sujeta a hipótesis a partir de aquella. Tanto el padre como la relación con el padre están de alguna manera

escamoteados, instrumentalizados a fines que no son los de la representación del vínculo, sino los de la autorrepresentación. Es de esa imagen del padre, dibujada según los designios estratégicos de construcción de sí en la escritura, de donde cada uno de los autobiógrafos extrae las líneas directrices de su autorretrato en filigrana. Jorge opera esa “generación” de sí por ampliación y potenciación de los valores morales, políticos y literarios, con una insistencia particular en sus vertientes heroicas y aventureras; Carlos se “produce” por negación y, quizás, autolimitación a un “ser natural”, a respetar, sin echar mano a las máscaras de la autorrepresentación, salvo en la persistencia de cierta fidelidad, casi provocativa, a posiciones de “pureza” inconducentes, a posiciones marginales que dejan libre curso a una mirada crítica travestida de exterioridad. El mismo tipo de estrategia puede comprobarse al nivel formal de la escritura, de los mecanismos de puesta en escena del recuerdo y de las modalidades del discurso. En lo referente al funcionamiento de la escritura, podemos distinguir fácilmente el constante control que Carlos ejerce sobre la dimensión formal, a menudo ilustrado por la subordinación de la reconstrucción autobiográfica a las exigencias de la literaturización de la vida; por la sublimación a la que el material autobiográfico es sometido, y la modulación del relato de acontecimientos en función de una imagen conscientemente elaborada y puesta en escena de sí. Se trata tanto de restituir los momentos cruciales que han contribuido a *producir* el yo que narra como de poner en evidencia un itinerario espiritual, en el que los aportes de la literatura y su resonancia interior se convierten en *actos* de la autobiografía, cuya significación supera a menudo la del acontecer, e incluso lo remodela. Los mecanismos utilizados por Jorge Semprún para exponer el sistema de asociación de ideas en el que se funda la actualización de la memoria constituyen un verdadero artefacto narrativo, de gran precisión y altamente sistematizado, una forma de “arquitectura” textual visible que *determina* la valoración de los hechos y se convierte en la primera instancia productora de interpretación.

En el caso de Carlos, y tal como él mismo lo reconoce, no se trata de una *lectura* axiológica de la existencia, sino de “*hablar de mí*”. Y en su caso esa autorrepresentación implica al parecer la emergencia de lo no dicho -por los otros, por el escritor de la familia-, la focalización en los aspectos menos literarios y menos

sublimables de las experiencias comunes, los que de alguna manera están inscritos en su carne y su memoria como humillantes combates cotidianos que no harán de él -como los sufridos por Jorge- un héroe ejemplar. El “martirio” de Carlos es un martirio privado, el de Jorge es un martirio histórico. El discurso de Jorge es un discurso paradigmático, y como tal, sujeto a paradigma; el de Carlos es un discurso exutorio, y más allá de una vaga organización cronológica, su único esquema organizativo parece estar dado por la recurrencia obsesiva de una dimensión reivindicativa, *señalativa* -como signo y como gesto- que consiste en develar los espacios oscuros, la otra cara de la familia y de la imagen, en exponerlos. El único espacio que resta a ocupar en la fratría, en esas condiciones, es el de anti-héroe, el del héroe inverso, el del poder maldiciente. Carlos, más allá del hecho de que no es -ni será- un gran escritor, no “somete” su discurso al control estético o narcisístico, sino que lo suelta como una andanada, en cargas sucesivas, amargas, “políticamente incorrectas”. Su narcisismo consiste, en última instancia, en la exhibición de sus heridas nunca cicatrizadas, en su malevolencia.

Le lien fraternel [est une] relation psychique entre deux ou plusieurs sujets qui se prennent l'un l'autre pour une projection clivée d'eux-mêmes (je suis/je ne suis pas/comme/lui) (Bourguignon, 1999:94).

Tal afirmación acota de manera precisa la dialéctica interna que tratamos de describir en el marco de la relación Jorge Semprún/Calos Semprún Maura: ambos son Semprún Maura, pero el segundo se reapropia del apellido de la madre para diferenciarse de Jorge y a la vez para rivalizar con él en el terreno del amor materno -recordemos el reproche dirigido a Jorge por haber osado hablar de aquella habitación cerrada, santuario de la madre muerta-; los dos hijos son hijos de José María Semprún Gurrea, pero uno se identifica con él y el otro se demarca, los dos son militantes del PC y los dos rompen con el Partido, pero uno antes que el otro; los dos son escritores, pero uno es célebre y el otro no; los dos escriben sus propias historias comunes, uno sublimándola y estilizándola, el otro con la crudeza y la violencia de quien tiene que construirse en la contradicción. “L’individualité se constitue dans l’interaction et l’interfantasmatisation, jusqu’à que, la maturation aidant, le dégagement s’opère et l’individu devient lui-même” (Bourguignon, 1999:79). Podríamos preguntarnos si, en el caso que nos ocupa, esta

última etapa de la construcción de sí se ha cumplido realmente, en la medida en que el encuentro con el “otro”, que ya no es el doble sino el interlocutor afectivo, parece sistemáticamente postergado. Lo que sí nos parece indudable, es que tanto en un caso como en el otro, la vía escogida para “enterrer son jumeaux et reconnaître le *socius*”, es decir, definir la identidad personal y la relación interpersonal, es la de la escritura autobiográfica. Y que la imagen del padre es la articulación misma a partir de la cual los procesos de individualización y de identidad se desencadenan, aun al precio de sacrificarlo por la estilización simbólica o la descalificación reivindicativa.

Bibliografía

Bourguignon, Odile, et coll.(1999), *Le fraternel*, Paris : Dunod.

Semprún, Jorge (1988), *Adieu, vive clarté*, Gallimard.

Semprún, Jorge (1993), *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Barcelona: Tusquets Editora.

Semprún, Jorge (1977), *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona: Ed. Planeta S.A.

Semprún Maura, Carlos (1998), *El exilio fue una fiesta*, Ed. Planeta S.A.

Freud, Sigmund (1996), *Obras completas*, “Psicología de las masas y análisis del yo”, Madrid: Biblioteca Nueva, T 3.

MARÍA ANGÉLICA SEMILLA DURÁN es Licenciada en Letras de la Universidad Nacional del Sur en Argentina, se doctoró en la Universidad Central de Barcelona (España) y en la Universidad de Provence, Aix en Provence (Francia). Es Profesora titular de Literatura y Civilización Latinoamericana en la Universidad Lumière Lyon 2. Es también Directora del Departamento de Lenguas Románicas y del Master Luso-Hispano de la Facultad de Lenguas de la Universidad Lumière Lyon 2. Entre sus publicaciones: *Le masque et le masqué. Jorge Semprún et les abîmes de la mémoire (La máscara y lo enmascarado/ Jorge Semprún y los abismos de la memoria)* y numerosos artículos en publicaciones colectivas

sobre Juan Gelman, Fernando Vallejo, Pedro Lemebel, Fogwill, Alicia Kozameh, Jorge Semprún, Felisberto Hernández, Roberto Arlt, Antonio Muñoz Molina, Carlos Barral, José María Arguedas, Francisco Umbral.